54

12

J. F. Muñoz y Pabón

Frase feliz



(12)

Frase feliz.

(Histórico)

I

Nada más divertido, —claro que para los aficionados á la escopeta— que la caza de la tórtola; siquiera yo, pecador, no le vea la punta á estar horas y horas, —de doce á tres de la tarde,— encerrado en un puesto como un puño, y en el riñón del verano, y en mitad de los campos de Andalucía.

Porque tiene que ser á esa hora precisamente, ó sea: cuando los animalitos, abrasados de sed con la cali-

na de la siesta, hán menester abrevar, para no calcinarse dentro del nido; y salen de él, si están en la incubación, ó dejan la rastrojéra sí andan al merodeo, y,

Endechando en arrullo: quejas tántas, tienden el airoso vuelo por encima de ~~polo~~ pinos y encaliptus, en derechura de la cuenca del arroyo, que, seco como el ojo de Benito, conserva empero algun charco, conocido por el nombre de "aguaero" por la gente cazadora y campesina.

A razonable distancia del "aguaero" es donde instala su puesto el ca-

zador, con jaras y saguazos, torviscas y lentiscos; dejándole troneras, así para disparar al vuelo ~~con~~ cuando pasan, como para barrer de una plomada tres ó cuatro, mientras apagan su sed en las vaheantes linfas cenagosas, que hace las veces de nevería....

¡Qué cruel es el hombre!

II

Dijimos no hace mucho á los lectores de El Debate lo que era años atrás la puerta de la posada de mi pueblo: punto de reunión de todos los desocupados del lugar y por ende de pa-

lique y chismorreo masculino, donde los locuaces y ~~parloteos~~ parloteros se cansaban de cascar, hasta secárseles la campanilla, y donde los taciturnos y dados á escuchar se quedaban embobados hasta... dormirse.

—Chiquillo: ¡que güeno estuvo ayé Juan Manué en la puerta e la posá! ¡te digo que pa oirlo! Estuvo contando titito lo que pasó en la toma e er Gurugú, que paecía mesmamente que se había uno jallao allí!... ¡te digo que particulá, particulá, y otavía me queo corto! ¡semenesté que vayas esta tar-

de, que dice que va á contá lo der Barranco der Lobo!

III

Porque una de las oratorias, que solía atraer á la puerta de la posada más compacto auditorio, era la que llamar pudiéramos oratoria "de gesta": la del soldado del pueblo, que acababa de llegar con la absoluta en el canuto y que por espacio de un mes, ó mes y medio, tenía boquiabiertos á sus oyentes con lo descomunal y peregrino de las hazañas, de que había sido testigo presencial, si no parte y hasta

heroe y protagonista.

—¡Dió! ¡Y qué apuraito me ví!.. ¡Si uste-de me hubierais visto!.. Po ¿y cuando er Capitán nos jarengó: ¡hijos mio! ¡que nos está mirando tatita España! ¿No heis jurao la bandera? ¡Po á mon, si es menester, que ante cae er turco se le dan los palo!

¡Y aquello, no éramos hombres; que éramos fieras!.. Er que má y er que menos... ¡vaya! que se jacia porvo con er fusí, y únicamente asina pué entrá en la ca-beza (e naide,) una visión como la que armamos mechia venas de hombres como quién

dice, cercaitos e moros por tititas parte...

Entonce fué cuando me dieron las tres cruces que traio. Y no me dieron la lauréa, porque el malarma del cabo la tenía tomá conmigo y propuso á un primo suyo, lo cuá que es de Tarvarde....

IV

"Y había venido por aquellos días, con licencia temporal, Bisquillo el de Juan Dientes, que servía en Larache y á quien, á causa del incidente que historiamos, se le puso por remoquete Matamoros; y quien no bien llegó al lugar y recibió y pagó las visitas de los parien-

tes y los amigos y fué á la ermita del Valle á rezarle una salve á la Patrona, cá-tatelo en la puerta de la posada, invitado por la junta directiva de aquel ~~del~~ ateneo, para que los honrara con alguna conferencia. Estaba sobre el tapete la muerte del General Margallo y bisquillo debía traer noticias frescas; pormenores inéditos... lo que no dice la prensa ni es del dominio publico; sino que se va sabiendo poco á poco, conforme van llegando los que lo vieron ó tuvieron la suerte de conversar con los que lo presenciaron.

Y bizquillo, que era ponderativo de suyo, por no decir embustero, se creció con la credulidad de su auditorio. Desvió la ~~[illegible]~~ conversación de lo de Margallo, que él no había visto, para arrimar el ascua á la sardina de su valor personal y hombría de pelo en pecho y se puso á relatar los lances apretados en que se había ~~visto~~ encontrado y el número de moros que había despachecado, como conejos.
—En fin:—epilogó, harto de despotricar y de echar por aquella boca:—con decirle á ustede que na má en [illegible] ba-

de, y sin menearme de atrás de unas jatunas, maté nueve!

—¿¿Nueve moros??—preguntó estupefacto uno de los oyentes.

—¡¡Nueve moros!!—recalcó el orador, paseando la mirada por la aturullada concurrencia.

V

Formaba parte de ella—¿cómo no?—el célebre Tuerto Tartaja, á quien ya también conocen los lectores de *El Debate*; quien, siguiendo su costumbre, no había ni rechistado durante toda la heroica narración. No le gusta-

ban las interrupciones durante los discursos, sino que los oradores se despacharan á su ~~gusto~~ autojo, dejando para el "he dicho" pedir las rectificaciones que creyera convenientes.

Y al oir lo de nueve moros, y en una sola tarde, y sin moverse de detras de una misma chumbera, clavando en el orador su único ojo, le preguntó con la más honda sinceridad:

—¿E. e. e.. es... tarian... ¡digo yo!... e... e.. en.... u... u... un... a... a.. agujero?...

Juan F. Muñoz Pabon

Muñoz Pabón 23-1-1910

ni

rte

x

es

el

ea-

ha-

da